

CRISIS EN EL MUNDO ÁRABE

Análisis desde el “paradigma de la transición”

The Arab Spring Crisis: A “Transition Paradigm” analysis

Marcelo RAMÍREZ V.¹

Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública

Universidad Central de Chile

Santiago, Chile

✉ mjramirezv@gmail.com

Vol. IX, N° 14, 2011, 89-116

Fecha de recepción: 31 de marzo de 2011

Fecha de aceptación: 7 de abril de 2011

Versión final: 28 de junio de 2011

RESUMEN: Varios países árabes y naciones situadas en Oriente Próximo han enfrentado, desde fines de 2010, una oleada de movilizaciones que ha sacudido regímenes autoritarios predominantes en la región desde el proceso de descolonización.

El movimiento se inicia en Túnez y se expande hacia Egipto, lo que provoca la caída de Ben Alí y Mubarak, respectivamente, para contagiarse en pocos meses a casi toda la región. Las demandas no han tenido solo que ver con el fundamentalismo islámico, sino que con una terrenal alza de precios en alimentos, con el desgaste de líderes con décadas en el poder, con la corrupción, represión y una tímida demanda por la democracia.

El artículo analiza esta oleada de cambios desde la perspectiva del “paradigma de la transición”. Se analizan los factores recurrentes en este tipo de procesos como, por ejemplo, la coherencia del régimen, y se intenta descifrar

¹ Profesor de Historia y Geografía por la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación y Doctor en Ciencias Políticas por la Universidad Complutense de Madrid. Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública de la Universidad Central de Chile.

las características propias de este movimiento, como son la presencia del fundamentalismo islámico y de las "redes sociales".

Palabras clave: mundo árabe, transición, autoritarismo, democracia, movimientos sociales

ABSTRACT: Several Arab countries and Middle East nations have faced since the end of 2010 a wave of protests that have shaken the dominance of authoritarian regimes in power since the end of colonialism.

The movement has its origin in Tunisia and has expanded toward Egypt resulting in the fall of Ben Alí first and Mubarak second, spreading in a few months to practically the entire region. The demands of demonstrators bear little relation to Islamic fundamentalism, centering more on increases in food prices, with decadent leaders holding on to power for decades, with corruption, with repression and with timid demands for democracy.

The paper analyzes these winds of change from a "transition paradigm" perspective. Recurrent factors in this kind of process are analyzed, such as the coherence of the system, and efforts are made to decode the intrinsic characteristics of this movement, such as the presence of Islamic fundamentalism and "social networks".

Keywords: Arab world, transition, authoritarianism, democracy, social movements

Introducción

Es importante advertir que el título del presente artículo no resulta del todo exacto, puesto que lo que de forma periodística se ha tendido a llamar como la crisis en Medio Oriente, corresponde a un proceso en un área territorial más extensa, cuyos límites podrían eventualmente extenderse de manera latitudinal desde Argelia hasta Pakistán, y en la que, por lo tanto, se traslapan áreas que han recibido otras denominaciones geográficas, políticas y culturales, como son el Magreb (Mauritania, Argelia, Marruecos, Túnez y Libia), norte de África, Golfo Pérsico o Árabe, Asia Sudoccidental, Asia Menor, Oriente Próximo y Oriente Medio. De hecho, el proceso de crisis comienza en el Magreb (norte de África) y luego se expande geográficamente hacia oriente, hasta Irán.

El mundo árabe puede ser una delimitación más precisa del conflicto, puesto que todos los Estados en que ha detonado la crisis forman parte de los 27 países que componen la Liga de Estados Árabes. Pero, por otra parte, no todos los países del mundo árabe se han sumado al movimiento, y la "amenaza" de desestabilización, o al menos de

involucramiento en el proceso, excede los límites de la Liga, incluyendo, aunque por ahora en menor magnitud, a países vecinos no árabes, como ocurre con Irán.

El denominador común es que todos los países en que se ha desatado o está en ciernes la crisis del régimen político forman parte de la Conferencia Islámica, pero de forma paradójica no ha sido precisamente el "fundamentalismo" la causa principal de las protestas, sino que las demandas planteadas han tenido que ver con el descontento social por la corrupción y nepotismo de los gobiernos, con la crisis económica (por ejemplo, el alza de precios y desempleo en Túnez), con la represión de los gobiernos y con una más difusa demanda de democracia planteada, sobre todo, por elites de profesionales jóvenes. Este último aspecto no le resta potencial a la demanda por la democracia, puesto que como lo afirma un destacado historiador:

[L]a historia de quienes han transformado el tercer mundo en este siglo es la historia de minorías de elite, muy reducidas en algunas ocasiones, porque —aparte de que casi en ningún sitio existían instituciones políticas democráticas— solo un pequeño estrato poseía los conocimientos, la educación e incluso la instrucción elemental requeridos. (Hobsbawn, 2006: 206)

Los sucesos ocurridos recientemente, primero en Túnez, luego en Egipto, Libia y otros países de la región, han hecho proliferar de nuevo los análisis y debates en torno al cambio de régimen político. La primera conclusión recurrente, al menos en Occidente, ha sido que el término de los regímenes autoritarios militares o personalistas y de las monarquías puede significar el advenimiento de la democracia, aunque los actores más informados e influyentes en el mundo han sido cautos en señalar correctamente que esta es solo una de las posibilidades que se abren, puesto que, más bien, lo que se ha generado es una condición de incertidumbre, la que autores clásicos en el estudio de las transiciones, como Guillermo O'Donnell y Leonardo Morlino, han definido como la característica clave de un proceso de transición. La segunda conclusión que se ha escuchado de forma recurrente se refiere a la relevancia del factor "redes sociales" en la explosión y contagio de la crisis. Al respecto, coincidimos con Moisés Naim en que "no hay duda de que las redes sociales, en especial Facebook y los mensajes a través de Twitter, o las filtraciones de Wikileaks, tienen que ver con los alzamientos populares en el mundo árabe. Pero explicar lo que sucedió en Túnez, Egipto o Libia, primordialmente en términos del impacto que allí han tenido las nuevas tecnologías, es una exageración".² En relación con la importancia de este factor, de manera preliminar agregaremos, primero, que su relevancia en cada país es diferenciada (en Túnez 26,7 de cada 100 habitantes está conectado a Internet, mientras que en Yemen solo 1,6 de cada 100) y, segundo, que las redes sociales han permitido acelerar la dinámica del proceso, el

² Artículo publicado en la edición electrónica del diario español *El País*. Recuperado el 28 de febrero de 2011, de http://www.elpais.com/articulo/internacional/Facebook/Twitter/fusiles/elpepiint/20110227elpepiint_6/Tes

que, no obstante, sigue una matriz de comportamiento que no es tan distinta a la de otros procesos históricos de similar naturaleza ocurridos en el mundo.

Si se sostiene, de manera también preliminar, que lo que está ocurriendo principalmente en el mundo árabe sigue ciertos patrones de comportamiento histórico y que, a fin de cuentas, parte importante de lo que está en juego son los regímenes políticos imperantes en la región, resulta conveniente realizar un análisis comparado sobre la base de la abundante producción conceptual, que ha permitido interpretar este tipo de procesos en diversas latitudes del mundo y, de paso, contribuir a la definición de estrategias por parte de los actores que han protagonizado el conflicto.

Asimismo, el conflicto desatado en los países árabes, que se suma a la emergencia de gobiernos con una particular concepción y práctica de la democracia en algunos países latinoamericanos en la última década, permite constatar que el debate sobre el tipo de régimen político que requieren las sociedades está absolutamente abierto, y que la reflexión sobre la viabilidad de las instituciones democráticas y sobre el tipo de democracia continúa siendo uno de los temas centrales de la ciencia política. En esta perspectiva, puede afirmarse que en el conflicto que se desarrolla en el mundo árabe están presentes algunos factores que son propios de la región y de la época en que explota la crisis, pero que, al mismo tiempo, hay otros factores que cumplen con ciertas regularidades históricas y políticas, que permiten hacer un análisis comparado.

De esta forma, a continuación se propone, en primer lugar, un marco conceptual para la interpretación de estos procesos y, posteriormente, se realiza un análisis de los hechos ocurridos y que acontecen en el área estudiada, desde la perspectiva de lo que se ha llamado en los círculos académicos vinculados a la ciencia política como el "paradigma de la transición". Respecto al análisis de los países en conflicto, se presenta en primera instancia una panorámica general de la región, pero luego, en función del alcance del presente artículo, se ha optado por aplicar el marco analítico a los casos de países que en esta crisis aparecen como más emblemáticos, ya sea por el impulso, nivel de conflictividad y características que le han imprimido a la oleada de movilización ciudadana o por la relevancia geopolítica que tienen en el norte de África y en Oriente Próximo. De esta manera se profundiza el estudio de los casos de Túnez, Egipto, Libia y Yemen. Entre estos países, de acuerdo a la tesis planteada por Huntington en "El choque de civilizaciones" (1997), estaría solo uno de los seis países con la capacidad suficiente para liderar la restitución de un estado central del Islam, como es Egipto (los otros países son Arabia Saudí, Irán, Indonesia, Paquistán y, sobre todo, Turquía).

Marco conceptual: Las teorías sobre cambio de régimen³

Desde mediados del siglo XX se ha desarrollado una serie de esfuerzos académicos que han posibilitado la consolidación de un importante marco conceptual para

³ La mayor parte de las referencias conceptuales corresponden a la síntesis de uno de los capítulos de la tesis doctoral del autor (2010) denominada "Análisis institucional de la transición y consolidación de la democracia en Chile".

la interpretación de los procesos de cambio de régimen político. Entre los principales aportes se pueden distinguir trabajos iniciales de corte estructuralista, entre los que destacan los estudios de Lipset (1959) y de Almond y Verba (1960); luego, el desarrollo de la cepaliana teoría de la dependencia, con exponentes tales como Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto; y, posteriormente, el desarrollo del Enfoque de la Elección Racional, que focaliza la atención en el peso de la variable política y el rol de las elites.

No obstante, el paradigma interpretativo para los procesos de cambio de régimen, en particular para las transiciones que tienen lugar durante la "tercera ola de democratizaciones", ha tenido más de un cuestionamiento, sobre todo porque buena parte de las transiciones a la democracia que se inician en Portugal, en 1974, no cumplen con las condiciones prescritas por Lipset, Almond y Verba o por los defensores de la teoría de la dependencia. Esto es lo que señala Martí I Puig (2002) refiriéndose a las transiciones en Europa del Sur y el Tercer Mundo, en las que, por una parte, no se había desarrollado la "cultura cívica" prescrita por los sociólogos norteamericanos, sino más bien todo lo contrario, ya que el objetivo y efecto de los regímenes autoritarios fue de hecho el de establecer pautas normativas y de comportamiento que facilitarían su persistencia; en segundo lugar, no se habían alcanzado niveles de desarrollo socioeconómico que posibilitarían la consolidación de una clase media políticamente decisiva; y, por último, no se había roto la lógica "centro-periferia", prevista por la teoría de la dependencia, sino más bien las transiciones coincidían con una mayor apertura a los mercados internacionales.

En una perspectiva similar a la de Martí I Puig, Thomas Carothers (2002) anunciaba en el *Journal of Democracy* "El fin del paradigma de la transición", abriendo una polémica con Guillermo O'Donnell, uno de los más prolíficos autores en torno a esta problemática de estudio. Carothers sostiene, entre otros planteamientos, que la mayoría de estos países en transición estaría más bien en una "zona gris", con dos características o tipos predominantes: los países con pluralismo no efectivo o débil (*feckless-pluralist*) y otros con un poder político dominante (*dominant-power politics*), respecto a lo que O'Donnell (2002: 7), en el marco de esta polémica, aclara que se referirían a dos de los tipos híbridos planteados en sus análisis: las "democraduras" y las "dictablandas", respectivamente. Independiente de las características del debate entre Carothers y O'Donnell, resulta interesante constatar algunos puntos de acuerdo que pueden considerarse como parte de las prescripciones más sólidas de este paradigma. Entre estas ideas están las siguientes:

- Es un acierto de Carothers (2002: 18) destacar el precario equilibrio entre democracias maduras (*full-fledged democracy*) y dictaduras plenas (*outright dictatorship*), y que esta no solo no constituiría una categoría excepcional, sino más bien "una fase de normalidad para muchas sociedades, para bien o para mal".
- Las transiciones o procesos de cambio de régimen no necesariamente significan democracia, puesto que pueden derivar en regresiones autoritarias,

revoluciones o regímenes híbridos como los que ocupan la gray zone. Esto ha sido sostenido por casi la totalidad de los expertos. Por ejemplo, Morlino (1986: 14, 1994: 112) señala que a la consolidación democrática se le abren al menos dos opciones contradictorias en su evolución, que serían las posibilidades de su persistencia o, por el contrario, una nueva crisis, que a su vez podría implicar el establecimiento de una pausa en el proceso de consolidación o, de forma directa, una involución autoritaria.

- En general, hay una secuencia de fases (crisis, apertura, ruptura, consolidación, persistencia o crisis) que depende de las características y la velocidad del proceso en cada país.
- Las elecciones universales constituyen un cambio sustantivo, pero ciertamente no son suficientes para determinar la tendencia evolutiva final del propio proceso.
- Las condiciones subyacentes en cada país (económicas, sociales, culturales) y "las acciones políticas resueltas" (O'Donnell, 2002: 10) son factores que inciden en la explosión y las características de desarrollo de cada proceso. En particular, las condiciones socioeconómicas son relevantes "aún cuando se refiera a la cuestión de la durabilidad de la democracia, . [puesto que] los datos de mortalidad de democracias pobres son más altos que los de países ricos" (O'Donnell, 2002: 10).

Junto a los parámetros descritos, hay relativo consenso entre los expertos, a partir de la evidencia empírica y del análisis comparado, en relación a factores adicionales con una alta condición explicativa, tanto respecto del origen de la crisis como de las características de su desarrollo. Entre estos factores están la coherencia del régimen autoritario y la alta probabilidad de transmisión o "contagio" entre países en situaciones de base similares.

Las fases de un proceso de cambio de régimen

Parte importante de la reflexión académica sobre procesos de cambio de régimen político ha estado centrada en la identificación de un patrón evolutivo de estos procesos. Los expertos sobre esta materia se han referido de distinta manera a las fases de un proceso de cambio de régimen político, ejercicio que no es puramente académico, sino que sin duda puede contribuir a definir mejor las estrategias que los actores protagonistas de estos procesos ponen en juego. Sin pretender agotar la reflexión sobre estas categorías, el cuadro que se presenta a continuación muestra una síntesis de lo que proponen algunos de los autores más relevantes en esta temática, como son Dankward Rustow, José María Maravall y Julián Santamaría, Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter, Leonardo Morlino y Ole Nørgaard.

TABLA 1. ETAPAS DE LOS PROCESOS DE CAMBIO DE RÉGIMEN

	Rustow	Maravall-Santamaría	O'Donnell y Schmitter	Morlino	Nørgaard
	Condiciones fundamentales: Unidad Nacional				
Fases	Fase preparatoria	Crisis autoritaria	Transición	Crisis autoritaria	Transición
	Fase de decisión	Transición	Liberalización	Transformación y transición	
	Fase de habituación	Consolidación	Democratización	Instauración democrática	Consolidación
			Socialización	Consolidación	
			Persistencia o crisis		

Fuente: Elaboración propia.

El conjunto de estos enfoques coincide en términos de que los procesos de cambio de régimen, en particular de aquellos que transitan desde el autoritarismo a la democracia, evolucionan desde la crisis del régimen autoritario, que es la etapa en que se empieza a hacer más evidente y contundente el descontento opositor, luego pasan por un proceso de transición, hasta producirse la instauración y consolidación del nuevo régimen o entrar nuevamente en la crisis.

A continuación nos referiremos a los conceptos más relevantes planteados por los autores reseñados, que poseen, desde nuestra perspectiva, un mayor nivel de “operatividad” para el análisis de la problemática estudiada.

Dankward Rustow (1970) planteaba en su seminal artículo “Transición a la Democracia. Elementos de un modelo dinámico”, que una condición fundamental previa al desarrollo de una transición exitosa es la “unidad nacional”. Si el planteamiento de este autor se interpreta en el sentido de la necesaria existencia de un proyecto político, económico, social y cultural de país (superando el concepto de “nación”, habida cuenta de que, por ejemplo, en sociedades como la española se transitó a la democracia en un país con múltiples nacionalidades), se podría estar en presencia de una condición incuestionable para asegurar la viabilidad de un proceso de cambio de régimen político, y que es absolutamente pertinente para el análisis de la crisis que se inicia en Túnez y que involucra a países de una breve trayectoria institucional como entidades independientes, que tienen un fuerte sentido de pertenencia étnico que trasciende sus fronteras y que prácticamente han fusionado el Estado con la religión musulmana.

En la fase “preparatoria” definida por Rustow predomina el conflicto, por lo que el curso de los acontecimientos no es previsible y, en consecuencia, hay incertidumbre. Esta fase es, por lo tanto, equivalente a la de la “crisis autoritaria” que plantean Maravall y Santamaría y Morlino, y que otros autores como O'Donnell y Schmitter o Nørgaard incluyen dentro del concepto más amplio de transición.

La definición del concepto de transición se relaciona con:

[U]na fase en la cual no existen más que algunas estructuras de autoridad del viejo régimen, pero al mismo tiempo no han sido creadas todavía todas las del nuevo... En términos más empíricos, la transición puede considerarse cerrada y, contemporáneamente, iniciada la instauración democrática cuando están garantizados al menos de hecho los derechos políticos y civiles que son la premisa indispensable de cualquier democracia (democracia liberal). (Morlino, 1987: 37-38)

Esta definición es muy cercana a la que plantean Maravall y Santamaría (1994: 112-113), quienes señalan que un proceso de transición se produce cuando "en virtud de un proceso de sustitución, el régimen anterior es desmantelado y otro conjunto de fuerzas políticas ocupa su lugar", lo que no es tan distinto a sostener que la transición es "el intervalo que se extiende entre un régimen político y otro", y su característica principal sería el hecho de que en "su transcurso las reglas del juego político no están definidas" (O'Donnell y Schmitter, 1994: 19).

Los autores mencionados, y en particular O'Donnell y Schmitter, destacan que en la transición predomina la incertidumbre demostrada en los tres finales posibles para este proceso: el establecimiento de alguna forma de democracia, la regresión autoritaria o la emergencia de una alternativa revolucionaria.

Ole Nørgaard coincide con este enfoque, aunque pone énfasis en la institucionalidad resultante. De esta forma:

[L]a transición democrática es completada cuando las instituciones democráticas básicas (típicamente representadas en la Constitución) están establecidas, reflejando la versión particular de democracia que se eligió. Este es también el momento en el que se inicia la consolidación democrática. (Nørgaard, 2001: 7)

Las características de los procesos de cambio de régimen

Otra arista interesante del marco teórico, que se ha ido construyendo para el análisis de los procesos de cambio de régimen político, se relaciona con el formato o trayectoria que adquiere este cambio, cuyo impacto es determinante de las características de la nueva institucionalidad. Esta dimensión de análisis resulta también relevante para el análisis de la crisis en los países de la región que se hará posteriormente.

Al respecto, Huntington (1991) propone tres categorías para referirse a la forma que adquiere el proceso de cambio: transformación, traspaso y reemplazo. Estas tres categorías resultan de la manera en que se da el conflicto entre el Gobierno y los grupos de oposición, y de la fortaleza que tienen ambos sectores. En este sentido, las "transformaciones" ocurren cuando las elites en el poder toman las riendas del proceso y el régimen autoritario se quiebra o es interrumpido, es decir, en este formato el Gobierno es más fuerte que la oposición. Ejemplos

clásicos de este "modo de transición" serían los casos de España, Brasil y México, cayendo también el proceso que termina con la Urss dentro de esta categoría.

Los "traspasos" se producirían cuando la democratización surge de la acción más o menos concertada entre el Gobierno y los grupos de oposición, por lo que "el problema no reside tanto en derrocar al Gobierno sino negociar con él, y la unidad de la oposición resulta más difícil de alcanzar" (Huntington, 1991: 120), como ocurrió, por ejemplo, en Polonia, Checoslovaquia y Uruguay. Los "reemplazos" corresponderían a aquellos procesos en los que los reformistas del régimen son débiles o no existen y los dominantes en el Gobierno son ultraconservadores opuestos al cambio de régimen de manera acérrima, por lo que el cambio depende de que la oposición gane fuerza y el Gobierno la pierda hasta que caiga o sea derrocado. El mismo autor plantea cuatro ejemplos clásicos de este modo de transición, como son los casos de los derrocamientos de Marcos en Filipinas, Caetano en Portugal, Ceausescu en Rumania y Hoenecker en Alemania del Este.

Un aspecto relevante que agrega Huntington se relaciona con que durante la "tercera ola" de democratizaciones, la gran mayoría de las transiciones de regímenes militares se dio en forma de "transformación" o "reemplazo".

Nørgaard (2001), sobre la base de las propuestas de Karl y Schmitter (1991), plantea otras cuatro categorías de transiciones, en las que intenta conjugar la participación de los actores (elite o masas) y las estrategias (transformación desde arriba o desde abajo). De esta forma, las transiciones podrían adquirir la modalidad de "pacto", "imposición", "reforma" o "revolución". En el "pacto", las elites entrantes y salientes "negocian un arreglo sobre cómo las instituciones democráticas deben ser organizadas para que en el proceso se protejan los intereses de ambos lados" (Nørgaard, 2001: 5). Este tipo de transición podría relacionarse a la idea planteada por Morlino en términos de que, la apuesta inicial de los actores de la oposición fuera más bien la toma del Gobierno, para luego acceder a la toma del poder. De hecho, está puede haber sido perfectamente la apuesta de los estrategas concertacionistas chilenos, en la etapa previa al plebiscito de 1988 y para enfrentar las reformas constitucionales de 1989.

La "imposición", según Nørgaard (2001: 6), vendría a ser la imposición de un modelo por la elite predominante, lo que supone un mayor desequilibrio entre los actores en conflicto. La transición en el modo de "reforma" se daría por la inclinación de la balanza a favor de la oposición, que busca una solución negociada, que suponga el resguardo de los intereses políticos y sociales de los diferentes grupos, y que promueve cambios graduales.

Finalmente, la "revolución" aparece como la más extrema de las posibilidades, en la que el pueblo se levanta para derrocar a la elite existente y crear, en este caso, una democracia popular.

La consolidación democrática

Aunque ya se ha señalado que no es tan evidente que los países del mundo árabe estén en tránsito hacia democracias representativas estables, lo cierto es

que esta es una posibilidad que no es descartable y que, por lo demás, para los demócratas del mundo constituye una de las consecuencias deseadas para la crisis abierta en esta región. Si bien la evolución de un país hacia un régimen político democrático estable es siempre sinuosa, constatándose habitualmente avances y retrocesos, la consolidación de la democracia constituye un estadio superior del proceso. Al igual que respecto a la transición, un nutrido grupo de expertos ha intentado definir el concepto de consolidación democrática, en un ejercicio que se ha traducido en definiciones minimalistas y maximalistas. Optando por el tipo minimalista, el politólogo español Juan Linz señala que:

[Un régimen consolidado] es en el cual ninguno de los actores políticos, partidos o intereses organizados, fuerzas o instituciones, consideran que hay alternativa a los procesos democráticos para obtener el poder, y que ninguna institución o grupo político tiene derecho a vetar la acción de los que gobiernan democráticamente elegidos. (Linz, 1990: 28)

Morlino incorpora la dimensión temporal al concepto de consolidación, definiéndola como “el proceso de fijación en sus caracteres esenciales y de adaptación en los secundarios de las diferentes estructuras y normas democráticas, influido por el transcurso del tiempo” (Morlino, 1986: 16, 2009: 117).

Teniendo claro entonces que la consolidación democrática es un proceso que incluso puede desarrollarse, en algunas de sus dimensiones, en paralelo a la transición, podemos definirla en términos más precisos y operativos como:

[La consolidación democrática implica] los procesos mediante los cuales el régimen emergente elimina, reduce a un mínimo o incorpora sus iniciales inconsistencias ideológicas e institucionales; establece su autonomía frente a los poderes establecidos preexistentes dentro del país, en especial las Fuerzas Armadas; moviliza a la sociedad civil llevándola a formas de expresión política, y desarrolla y mantiene un sistema de partidos estructurado y relativamente estable, capaz de asegurar un gobierno responsable ante el pueblo. (Maravall y Santamaría, 1988: 115)

El dilema de la “instauración democrática”

No obstante ya hemos definido qué es la consolidación democrática, lo cierto es que es un proceso previo en el que se requiere fijar la atención, fundamentalmente si lo que se persigue es el análisis de casos de países que hoy están en proceso de cambio de régimen, pero que no han conocido la democracia plena. Se plantea, por lo tanto, lo que podría denominarse para estos países como el dilema de la instauración democrática. Para Leonardo Morlino, la instauración democrática ocurre cuando finaliza la transición, es decir, reiterando la cita previa, “cuando están garantizados al menos de hecho los derechos políticos y civiles”, los que,

como ya se ha señalado, son la premisa indispensable de cualquier democracia. Este mismo autor, en *Democracias y democratizaciones* (2009) hace un exhaustivo análisis de los aportes de varios autores a la problemática asociada a lo que sería la primera democratización. A partir de la reflexión de estos autores, entre los que se menciona en forma destacada a Barrington Moore (1966), Morlino analiza lo que podrían ser las causas de la primera democratización en países como Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Sin detenernos mucho en este análisis, hecho sobre países que distan de las condiciones de base de los países del norte de África y Oriente Próximo, por lo que sus conclusiones son difícilmente extrapolables, como lo reconoce el propio Morlino, sí se puede rescatar la idea relacionada con que el tránsito desde regímenes no democráticos a plenamente democráticos, en los paradigmáticos casos señalados, ha demorado al menos dos siglos.

La crisis en el "mundo árabe": panorama general

La crisis que se expande desde Túnez a fines de 2010 ha concentrado la atención mundial, debido a la fuerte dinámica y rápido contagio del descontento ciudadano a otros países del mundo árabe. En Túnez, luego de 23 años en el poder, el régimen de Zine el Abidine Ben Ali empieza a desmoronarse tras la protesta social por la muerte de un joven de 26 años, Mohamed Bouazizi, quien se inmola el 17 de diciembre luego de que la policía le cerrara ilegalmente su puesto de verduras y confiscara sus bienes. La represión posterior significará la muerte de decenas de personas, el cierre de las universidades, el despliegue del ejército y la instauración del toque de queda. Apenas 28 días después, y luego de infructuosos esfuerzos como la introducción de cambios en el Gobierno y la reducción de los precios en productos básicos, miles de manifestantes salen a las calles, se incrementa el rechazo internacional y Ben Ali abandona el país, el viernes 14 de enero, luego de ser sustituido en el poder por el primer ministro Mohamed Ghannouchi.

En Egipto, Hosni Mubarak se mantuvo por 33 años en el poder. Al igual que en Túnez, la muerte de otro joven de 28 años, Khaled Saeed, a manos de agentes de gobierno, en junio de 2010, removió la conciencia del país y llevó a otro joven anónimo a fundar en Facebook el sitio Kullum Khaled Saeed ("Todos somos Khaled Saeed"), que rápidamente reunió a miles de egipcios y convocó a las primeras protestas silenciosas contra el régimen, demandando en particular el fin del estado de emergencia y de la tortura policial. Con estas condiciones de base, y tras el ejemplo de Túnez, en enero y febrero de 2011 se desarrollan intensas protestas, que terminarán con Mubarak abandonando El Cairo y su cargo el 11 de febrero.

Argelia, siendo el país de mayor peso económico y demográfico en el Magreb, es gobernado por Abdelaziz Buteflika, de 73 años, en el poder desde 1999. Las protestas se inician los primeros días del mes de enero, con manifestantes que reclaman por el alza en alimentos básicos, y la represión deja como saldo, después de dos días, 3 muertos y más de 400 heridos. El 16 de enero, 4 jóvenes desempleados se queman

a lo bonzo, lo que causa una oleada de protestas que aún no se detiene y que como resultados ya muestra la derogación, después de 19 años, del estado de excepción.

En Libia, el conflicto detona con una velocidad mayor: como señala Alí Chibani en la edición chilena de *Le Monde diplomatique* de marzo de 2011, el 15 de febrero, ciudadanos de Bengazi, la segunda ciudad más importante del país, protestan y consiguen la liberación del abogado opositor Fethi Tarbel; situación que, sin embargo, no aplaca el descontento ni el efecto de contagio con lo que ya estaba ocurriendo en otros países de la región. El 17 de febrero se convoca al "Día de Furia" y se inicia una escalada de protestas en las principales ciudades con represión brutal, que incluirá bombardeos aéreos a partir del 21 de febrero, cuyo rechazo provocará incluso el paso al bando opositor del ministro del Interior. No deja de ser sorprendente que Muahmar Gaddafi lleve 42 años en el poder, desde 1969, habiendo liderado un golpe militar con solo 26 años. El gobernante libio reprimirá violentamente las manifestaciones hasta sumir al país en una guerra civil de destino hasta ahora incierto, cuyo desarrollo tuvo un punto de inflexión con la decisión del Consejo de Seguridad de la ONU, el día 17 de marzo, en la que se impone una zona de exclusión aérea sobre Libia y se autoriza proveer asistencia y protección a la población civil, en una decisión en la que se abstuvieron China, Rusia, Alemania, India y Brasil, lo más probable porque consideraran lo riesgosas que son estas misiones y los resultados imprevisibles que han tenido. Esta resolución ha significado finalmente la intervención militar de EUA y la Otan a favor de las fuerzas rebeldes y, por lo tanto, la apertura de un nuevo frente bélico internacional.

En Marruecos, el Gobierno del rey Mohamed VI se ha intentado adelantar a la crisis, y desde principios de año ha emprendido medidas para subvencionar el precio de los alimentos, las que, sin embargo, no logran evitar el "contagio" con los movimientos de Túnez y Egipto, en donde destacan las protestas y la represión. Un nuevo intento para controlar las crisis ha sido el anuncio de Mohamed VI, el 9 de marzo, de recortar sus poderes y reforzar al Gobierno y al Parlamento.

Ya en la península arábiga, en Yemen, el presidente Alí Abdalá Saleh, con 32 años en el poder, se esfuerza por sortear una crisis desatada por las protestas que se inician el 27 de enero y que tienen como clara referencia las revueltas en Túnez y Egipto. Yemen es uno de los países más pobres y jóvenes de la región (la edad media llega solo a los 17,8 años y la alfabetización a un 50,2%), se independiza de Gran Bretaña después de la Primera Guerra Mundial, pero durante todo el siglo XX tiene una trayectoria sinuosa, que lo llevará incluso a dividirse en 2 repúblicas, luego del término de la monarquía: en 1962 se crea la República Árabe de Yemen (Yemen del Norte) y en 1967 la República Democrática Popular del Yemen, que se convertirá en el primer estado árabe que adhiere al comunismo. Solo en 1990 se constituye la República de Yemen y es gobernada desde entonces por Alí Abdalá Saleh (desde 1978 gobernaba Yemen del Norte), la que cuenta con un sistema electoral que ha permitido el control del poder: el Parlamento tiene la facultad de elegir a los dos candidatos que competirán en las elecciones presidenciales. Precisamente, parte importante de la estrategia del presidente Saleh para hacer frente a la creciente oleada de protestas fue ofrecer la modificación de la Constitución

para cambiar el sistema electoral, propuesta hasta ahora considerada insuficiente por la oposición. Entre la oferta del presidente Saleh y el 22 de marzo, en solo 12 días, la situación cambió drásticamente luego de una violenta represión a los manifestantes y la desertión de oficiales del ejército a favor de la oposición, aglutinada en el Foro Común, que ha optado por el camino de un cambio de régimen más rápido y sustantivo. La crisis ha alcanzado máxima tensión con el atentado al propio presidente Saleh el 4 de junio y su traslado a un hospital militar en Riad con múltiples heridas. El panorama de este país se complejiza todavía más por la presencia de Al Qaeda en su territorio, que sería una especie de centro de operaciones para la península arábiga.

Dentro de los casos reseñados destacan hasta ahora las situaciones de Túnez, Egipto, Libia, Siria y Yémen por el nivel de conflictividad y curso que han tomado los acontecimientos, pero así como el movimiento se ha expandido también con una fuerte dinámica hacia Argelia y Marruecos por el Oeste y hacia Yemen por el Este, otros países árabes como Arabia Saudí, Jordania, Líbano, Bahrein, Omán e incluso un país no árabe de la región, como lo es Irán,⁴ están experimentando el descontento ciudadano.

Entre estos países destaca el caso de Arabia Saudí, importante país de la región en el que el rey Abdulá, de 87 años, al igual que el rey de Marruecos, ha anunciado un paquete de reformas para enfrentar de mejor manera las protestas ciudadanas. Leonardo Morlino (2009: 58) utiliza precisamente el caso de Arabia Saudí y el de los Emiratos Árabes Unidos para ejemplificar lo que es un régimen tradicional. Al respecto, señala que:

[S]u base de legitimidad se comprende bien si se piensa el patrimonialismo del que hablaba Weber y en el papel de instituciones como la monarquía, o bien la expresión de régimen sultanista adoptada por Linz y Stepan (1996). Se trata de regímenes basados en el poder personal del soberano que tiene cogidos a sus colaboradores con una relación hecha de miedo y recompensas [...] en estos regímenes, el ejército y la policía juegan un papel central, mientras evidentemente falta cualquier ideología y cualquier estructura de movilización de masas... en resumidas cuentas, se está en un ámbito político dominado por las élites e instituciones tradicionales.

En Siria, otro de los países de mayor peso específico en la región, la escalada de protestas fue en un principio menor, pero en los últimos meses se desataron manifestaciones reprimidas violentamente con un saldo de miles de muertos. El Presidente Bachar El Asad, de 45 años, heredó el cargo de su padre, Hafez el Asad (que gobernaba el país desde 1971) en 2000, previa reforma a la Constitución promovida por el partido único Baaz, que le permitió asumir como mandatario con solo 34 años (la Constitución estipulaba que solo podían hacerlo los mayores de 40). El pronóstico para Siria es incierto, pero juega a favor de Bachar El Asad la fuerte

⁴ La población árabe en Irán es minoritaria. Predominan los persas (más del 60%).

cohesión de su régimen y el férreo control que ejerce su familia sobre las fuerzas militares.

En Jordania, el rey Abdalá II, que heredó su cargo del rey Hussein en 1999, ha debido enfrentar movilizaciones que, según señala Ángeles Espinosa⁵ no han dirigido su ira contra el Rey, sino que contra su primer ministro, Samir Rifai, protestando primero por el alza de precios en los alimentos y combustibles, pero luego han dado paso a la demanda, liderada por el Frente de Acción Islámica, de un cambio en la ley electoral y la instauración de una Monarquía Parlamentaria. Las protestas y la atención en el entorno regional motivaron la rápida respuesta del rey Abdalá II, quien nombró, a principios de febrero, un nuevo primer ministro. Pero no está claro que esta maniobra, sumada a incentivos y subsidios económicos, vaya a ser suficiente para detener el movimiento. En Líbano, la convulsión política es parte de su historia, con dos guerras civiles relativamente recientes que han motivado la intervención de fuerzas extranjeras (EUA en 1958 y Siria en 1976), con la intervención de Israel en 1982, cuyos ejércitos permanecen en el país hasta el año 2000. La presencia del grupo Hezbolá en territorio libanés ha marcado la relación con Israel, que en 2006 motiva una nueva destructiva incursión militar israelí. En este contexto, que ahora además se enmarca en una convulsión de alcance regional, a partir de enero de este año se desestabiliza el Gobierno de Líbano con la renuncia de los ministros que representan a Hezbolá, lo que provoca la caída del primer ministro pro-occidental Saad Hariri, en un conflicto marcado por el carácter religioso de los actores políticos, que se reparten el poder entre sunitas, chiitas y cristianos maronitas.

En Omán, el sultán Qabús bin Said se mantiene en el poder desde 1970, en un país que con las riquezas del petróleo, aunque no son de la misma magnitud que las de sus vecinos, ha generado una especie de Estado de bienestar, donde no se pagan impuestos. Sin embargo, al igual que en otros países árabes, desde fines de febrero de 2011 ha habido protestas, pese a que ni siquiera existen partidos políticos, que han motivado al sultán a impulsar una reforma del Gobierno y a desplegar el ejército para prevenir disturbios.

En Bahrein, rico y pequeño país del Golfo Pérsico, con un per cápita de 40 mil dólares, el rey Hamad bin Isa Al Khalifa, de la dinastía que gobierna el país desde que dejó de ser un protectorado británico hace 40 años, ha debido enfrentar un conflicto distinto, entre la mayoría chiita y la minoría sunita en el poder, que se ha radicalizado por una represión brutal. La escalada de protestas motivó el auxilio a mediados de marzo de fuerzas militares saudíes y de Emiratos Árabes, bajo el paraguas del Consejo de Cooperación del Golfo y de la declaración de estado de emergencia.

En Irán, las protestas anteceden a las de Túnez y fueron detonadas por las elecciones presidenciales de 2009, que permitieron la reelección del presidente Mahmud Ahmadineyad, en un proceso electoral cuestionado por la oposición

⁵ En artículo publicado el 26 de febrero de 2011 en el diario *El País*. Recuperado el 2 de marzo de 2011 de http://www.elpais.com/articulo/internacional/Jornada/ira/panarabe/elpepiint/20110226elpepiint_11/Tes

reformista. El caso de este país es muy particular y complejo, ya que en su estructura institucional mezcla instituciones democráticas con otras de carácter teocrático. De hecho, desde que se funda la República Islámica de Irán en 1979, la máxima autoridad del país recae en quién ostenta el poder real, que es el "líder supremo de la revolución", hoy el sucesor del ayatolá Jomeini, Alí Jumenei. De la misma forma, la Guardia Revolucionaria, ejército paralelo al regular, refuerza este poder subyacente en la organización del Estado iraní.

A mediados de febrero, después de más de un año de ocurridas las protestas por la reelección de Ahmadineyad, la oleada de protestas en los países árabes se trasladó a Irán, lideradas por los ex contendores de las últimas elecciones presidenciales, Mir Hosein Musaví y Mehdi Karrubí, convocadas en solidaridad con el movimiento de Túnez y Egipto, y que desafían la brutal represión que dejó un saldo importante de víctimas opositoras y la sensación de que en Irán no es posible que pase lo mismo que en Túnez o Egipto, debido a que el monopolio de la fuerza y de las armas radica en la cohesionada Guardia Revolucionaria.

Pese a no ser un país árabe, Irán ha sido un actor que ha intentado ser protagonista en la oleada de movilización ciudadana que recorre el norte de África y Oriente Próximo, por lo que ha apoyado las protestas en otros países, pero, a la vez, sofocado las del frente interno y mantiene su apoyo al régimen sirio. En coherencia con su política internacional, un componente importante de su posición frente a estas movilizaciones ha sido el rechazo a la intervención de Europa y EUA.

Finalmente está el caso de Palestina, que con su propia dinámica de conflicto podría complejizar todavía más su situación si surgen movilizaciones populares, motivadas entre otras causas, aparte del efecto de demostración de lo ocurrido en otros países, por las filtraciones de Wikileaks y por demandas de los ciudadanos contra la rivalidad de Fatah y Hamás, lo que refleja la distinta naturaleza de las preocupaciones de los ciudadanos palestinos. Hay que recordar que Hamás es un movimiento islamista que ganó en las elecciones de 2006 y que gobierna en el territorio palestino de Gaza. Fatah, por su parte, es el movimiento político fundado a fines de los 60 por Yasser Arafat, del que forma parte Mahmud Abbas, el actual presidente de la Autoridad Nacional Palestina, que gobierna en Ramala, en el territorio palestino de Cisjordania. Hamás ha anunciado que no participará ni reconocerá los resultados de una postergada nueva elección, con lo cual está planteado un escenario de incertidumbre en la política interna palestina, que dificultará la búsqueda de una solución al histórico y estructural conflicto con Israel.

Las "condiciones subyacentes" en la zona en conflicto

Desde una perspectiva estructuralista, y en la línea de Almond y Verba (1960), podría afirmarse que la democracia no es viable en aquellas sociedades donde de manera previa no se ha desarrollado una cultura cívica democrática, a través de procesos de socialización básicos. De la misma forma, Lipset sostuvo, a fines de la década de los 50, que la democracia no sería posible en sociedades que no cuenten con ciertas "pre condiciones socioeconómicas". En su paradigmático trabajo,

Lipset planteaba que la generalización más extendida es que la democracia se relaciona con el grado de desarrollo económico, por lo que para probar esta hipótesis establecía varios índices de desarrollo económico relacionados con la riqueza, industrialización, urbanización y educación, generándose "promedios para los países que se han clasificado como más o menos democráticos en el mundo anglosajón, Europa y Latinoamérica" (Lipset, 1992: 119), concluyéndose que los indicadores son mucho más altos en los países más democráticos.

Si bien este enfoque ha sido criticado por su mecanicismo, por Guillermo O'Donnell (1986) y Salvador Martí I Puig (2001), entre otros autores, lo cierto es que la mayoría de ellos ha validado, aunque con distinta intensidad, el aporte explicativo de las variables socioeconómicas y culturales, tanto como factores detonantes de la crisis, así como factores que aportan o no a la estabilidad de la democracia.

Siguiendo las líneas abiertas por Lipset y por Almond y Verba, los países donde se inicia la crisis, o se contagian rápidamente, tienen diferencias importantes, pero también algunos rasgos similares.

La realidad socioeconómica de los países en crisis

En el ámbito socioeconómico, ya se ha señalado que en Túnez las primeras manifestaciones se producen por un alza de precios y por el rechazo al alto desempleo. En los jóvenes tunecinos, la tasa oficial de desempleo alcanza el 23,4%, aunque podría elevarse sobre el 35%. No obstante, la inflación en 2010 fue de un 4,5% y el IDH del país, de un 0,683, lo ubica dentro de los países de desarrollo humano alto, por sobre otros países de la región, como Jordania, Turquía, Argelia y Egipto; y la tasa de pobreza es muy baja, llegando apenas a un 7,6%.

Egipto, por su parte, siendo uno de los países de mayor peso demográfico en la región, con casi 65 millones de habitantes, exhibe un peor rendimiento económico, que se refleja en una tasa de pobreza del 16,7%, en una alta inflación (la más alta en la región) de un 11,7% y un IDH de 0,620, que lo sitúa en el grupo de países de desarrollo humano medio.

En Libia, país en el que el conflicto se transformó en guerra, sorprendentemente su IDH (0,755) es de los mayores de la región; solo superado por los de pequeños y ricos países como Emiratos Árabes, Qatar, Bahrein y Kuwait.

Entre los países que exhiben peores rendimientos se encuentra Yemen, con un IDH de 0,439, que lo ubica dentro del grupo de países de desarrollo humano bajo, y con una tasa de pobreza que alcanza el 41,8% (Banco Mundial, 2010), con una alta inflación que llegó a 9,8% (FMI, 2010).

Con la revisión de estos casos es posible arriesgar la conclusión de que las condiciones socioeconómicas de esta región aportan solo parcialmente como causales explicativas de la crisis política, la que como hemos visto detona en Túnez, alentada por una circunstancial carestía en alimentos básicos. Pero su rápida expansión hacia países muy diferenciados, como Libia o Yemen, obliga más bien a

centrar la atención en la variable institucional y en las características de los regímenes políticos existentes.

El desarrollo institucional y cívico en los países de la región

En términos de su desarrollo político institucional, el que evidentemente se correlaciona con su cultura cívica, Túnez durante el siglo XX pasó de ser una colonia francesa a un país independiente en 1958. Egipto contemporáneo se independizó en 1922 y en 1952 Gamal Abdel Nasser, mediante un golpe de estado, derrocó al rey Faruk I. Su sucesor, Anwar Sadat, y el derrocado Hosni Mubarak mantuvieron cierto liderazgo en el mundo árabe, afectado en períodos por el rol jugado por Egipto en el conflicto árabe-israelí. Asimismo, promovieron el desarrollo institucional, el que, sin embargo, se vio mermado por el desgaste y corrupción de Mubarak en el poder, que tiene hoy sumido al país en un proceso de transición.

Libia estuvo desde el siglo XVI hasta principios del XX bajo el dominio del Imperio Otomano, reemplazado por la colonización italiana, la que durante la Segunda Guerra Mundial es a su vez reemplazada por Francia y Gran Bretaña. En 1951, se crea un territorio independiente con el rey Idris I, quien gobernará hasta 1969, año que es derrocado por Gaddafi. En 1973 Gaddafi puso en marcha la revolución cultural islámica. El Gobierno de Gaddafi corresponde al de un régimen autoritario personalista, que ha transitado desde el discurso izquierdista, nacionalista e islamista, hacia comportamientos propios de una tiranía.

Irán corresponde a un tipo de régimen político excepcional. Según Leonardo Morlino, cabría casi con exclusividad en la categoría de "régimen de movilización de base religiosa", en el que la innovación radica en:

[L]a presencia combinada de una estructura de movilización muy articulada y potencialmente más eficaz que el partido, el clero, y una ideología igualmente compleja que disciplina, controla, tiene prescripciones para cada momento de la vida del afiliado-creyente, la religión musulmana. (Morlino, 2009: 54)

Respecto a Yemen, ya hemos señalado sus debilidades socioeconómicas y su corta e inestable trayectoria institucional como república independiente, que ante la escalada del conflicto hacen temer incluso su "somalización".

En definitiva, no son precisamente las prácticas democráticas las que han sido utilizadas para la resolución de los conflictos políticos en la región. Por el contrario, solo en Egipto han existido instituciones democráticas relativamente estables desde la irrupción de Nasser, pero que, sin consolidarse, se han debilitado sustantivamente bajo el régimen de Mubarak, transformándose en una democracia formal sin alternancia en el poder. Es decir, la composición de base de los países a los que se ha expandido el movimiento originado en Túnez muestra, en general, a sociedades en las que no ha habido nunca (en este caso "nunca" significa siglos de historia) democracias representativas del tipo occidental, ni siquiera democracias

restringidas y oligárquicas, como las que existieron en algunos países latinoamericanos durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX.

TABLA 2. PANORAMA SOCIOECONÓMICO
DE ALGUNOS PAÍSES DE LA REGIÓN

País	Argelia	Marruecos	Túnez	Libia	Egipto	Arabia Saudí	Yemen	Irán
IDH	0,677	0,567	0,683	0,755	0,620	0,752	0,439	0,702
*Inflación	5,5	1,5	4,5	4,5	11,7	5,1	9,8	4,4
**Pobreza	22,6%	19,0%	7,6%	n/i	16,7%	n/i	41,8%	n/i

Fuente: Elaboración propia en base a datos IDH-PNUD 2010.

*Proyección FMI 2010

**Banco Mundial 2010

Factores que pueden explicar de la crisis

Independiente de la diferencia que se produce entre cada caso de convulsión política en la región analizada, lo cierto es que en todos los casos aparece subyacente el discurso de la democracia como una de las posibles soluciones a problemas de distinta naturaleza. Esta es una de las líneas explicativas que plantea Huntington (1994: 43) para la tercera oleada de democratizaciones, señalando que la causa específica individual de los cambios políticos actúa en un conjunto común de creencias políticas, para producir respuestas similares. Lo que no está claro para nada es la magnitud de la adhesión a este discurso democrático. Más bien todo parece indicar que, aunque se enuncie el discurso, es muy probable que prevalezcan intereses políticos o corporativos de distinta naturaleza.

Factores recurrentes en este tipo de crisis:

- Cohesión interna del régimen

En buena parte de los casos estudiados, la cohesión interna del régimen estaba debilitada. Prácticamente todos los países que han entrado a la oleada de cambios tenían gobiernos de larga data, con gobernantes por períodos extensos en el poder: Ben Alí alcanzó a estar 23 años en el poder en Túnez, Mubarak 32 en Egipto, Gaddafi lleva 42 en el poder en Libia. En estos casos se trata de gobernantes con décadas en el poder, que fueron sistemáticamente degradando sus gobiernos, desde su inicial compromiso nacionalista y panárabe, hasta gobiernos autoritarios, dictaduras o, como ocurre con el caso de Libia, tiranía o incluso satrapía. Asimismo, esta es una situación en alguna medida análoga con lo que ocurrió en los inicios de la tercera ola de democratizaciones, que parte con el derrocamiento de la extensa dictadura de Antonio de Oliveira Salazar en Portugal (1933 a 1974), la

caída de la dictadura de los coroneles en Grecia (1967-1974) y luego el proceso que se abre con la muerte de Franco en España (1936-1975).

El derrocamiento de un régimen autoritario no solo depende de la fuerza de la oposición, sino que, ante todo, de la propia fuerza del régimen y, en particular, de su coherencia y cohesión interna. Por cierto, la extensión de un régimen justifica su desgaste. Ya hemos señalado que en Túnez, Ben Alí estaba en su quinto mandato, reforma constitucional mediante; en Egipto, el desgaste de un gobierno con 32 años en el poder se profundizó con los intentos de Mubarak de imponer la sucesión de su hijo y con la crisis económica, lo que generó las condiciones necesarias para el éxito del estallido social, que además se fortaleció con el efecto demostrativo del movimiento en Túnez.

La desestabilización de Muahmar Gaddafi en Libia tiene también alguna relación con este factor. Aunque Libia exhibe un rendimiento socioeconómico que no es inferior al promedio de la región, presentando un IDH (0,755 en el 2010) superior, por ejemplo, al de Arabia Saudí, Irán, Túnez, Jordania, Turquía, Argelia y, por mucho, al de Egipto (0,620), en materia político institucional, no ha desarrollado la densidad que sí tienen en la región otros países. Por el contrario, Gaddafi ha sostenido su gobierno sobre la base de una estrategia de alianzas tribales y de una política de fortalecimiento de su poder personal, que ha incluido el debilitamiento del ejército regular en beneficio de su guardia personal. Precisamente la inexistencia de una institucionalidad política en forma es lo que ha permitido el rápido debilitamiento del Gobierno.

Desde la perspectiva de la coherencia interna del régimen, Irán es un caso en el que este factor puede contribuir a contener de manera eficaz las protestas de la oposición, que ha adquirido nuevos bríos como efecto reflejo de la movilización ciudadana en otros países de la región, gracias a la cohesión entre tres poderes que prácticamente se funden en uno solo, como son el poder del clero, el poder militar y el del Gobierno del presidente Ahmadineyad.

- La corrupción en el poder

Ben Ali había asumido el poder en Túnez, en 1987, mediante un aséptico golpe de Estado que derrocó a un enfermo padre de la independencia tunecina, Habib Bouguiba, prometiendo y concretando cambios positivos para el desarrollo socioeconómico del país y para el despliegue de una incipiente democracia: suprime la presidencia de por vida instaurada por su antecesor, limita a 3 las posibles reelecciones, introduce el pluralismo en el parlamento, organiza las primeras elecciones presidenciales pluralistas en la historia de Túnez⁶ y de paso contiene al fundamentalismo islámico. Sin embargo, en 2002 promueve la reforma constitucional para presentarse de nuevo a las elecciones presidenciales, lo que finalmente le permitió haber sido elegido para un quinto período, con un 90% de los votos, en 2009 (en las 4 elecciones anteriores había alcanzado más de un 99% de los votos).

En Egipto y Libia, los mandatarios derrocados (o fuertemente amenazados, como en el caso de Gaddafi), son militares que asumieron el poder con discursos

⁶ En el diario español *El Mundo*. Recuperado el 14 de enero de 2011 de <http://www.el-mundo.es/elmundo/2011/01/14/internacional/1295031295.html>

de alta legitimidad en la región y, en alguna medida, frente al mundo. Mubarak asume la presidencia luego del asesinato de Anwar el-Sadat, con la difícil tarea de mantener el equilibrio en la región, con una fuerte posición en el mundo árabe, pero intentando establecer puentes para resolver el conflicto palestino-israelí. Sin embargo, su gobierno termina en medio de acusaciones de corrupción. Gaddafi acaba con la monarquía en Libia y se plantea en sus inicios como un líder revolucionario socialista, que combinará estas facetas con el nacionalismo árabe y el islamismo. En el caso de estos tres personajes, no obstante, la historia ha demostrado que su extensa permanencia en el poder, sin mayores contrapesos, terminó por corromper la base de su discurso y de su actuación política, transformándolos finalmente en diques de contención para el progreso social y político en sus países.

- Efecto “bola de nieve” o “contagio”

La crisis desatada que se expande con rapidez por el norte de África (Magreb), y hacia Oriente Próximo, sigue un patrón histórico de comportamiento similar al de otros procesos relacionados con cambios de régimen político. De hecho, si solo nos remitimos a las democratizaciones que se producen en el mundo en los dos últimos siglos, lo que se aprecian son las tres grandes oleadas democratizadoras descritas por Huntington (1994), con sus correspondientes contra-oleadas.

Otros procesos históricos como la colonización y descolonización en la misma África o en Latinoamérica han seguido patrones similares. El mismo Huntington (1994: 43) señalaba, a mediados de los 90 (sin redes sociales), que “el conocimiento de los acontecimientos políticamente significativos se transmite de manera casi instantánea alrededor del mundo. De ahí que el acontecimiento x en un país es cada vez más capaz de ocasionar otro similar de forma casi simultánea en un país diferente”.

La diferencia fundamental en este caso es la “velocidad en la dinámica de cambios”, la que podría haberse acelerado gracias a la existencia de las comunicaciones virtuales a través de las redes sociales. Esa es la diferencia que precisamente marcan las redes sociales y que, por lo demás, dan cuenta de un fenómeno que caracteriza la historia contemporánea, relacionado con la ocurrencia y despliegue de procesos de esta naturaleza en períodos más acotados de tiempo histórico.

- La “unidad nacional”

Este es otro aspecto que resulta relevante para explicar la crisis de algunos de los países del norte de África y Oriente Próximo, como ocurre con el caso de Libia. La Unidad Nacional, concepto planteado por Dankward Rustow como condición previa para el desarrollo de un proceso exitoso de transición a la democracia, en el caso de Libia es precaria. El país está compuesto por clanes tribales, entre los que destacan los Ghadafa, los Warfalah y los Bereberes en el sur. Espacialmente existen además tres territorios históricos: Tripolitania, Cirenaica y Fezzan. Por otra parte, históricamente Libia como país tiene un pasado muy reciente; su independencia y unificación se produjo hace poco más de 60 años, de los cuales casi 20 fue gobernado por una monarquía pro británica y el resto bajo la fuerte tutela de Gaddafi.

Respecto a la conformación tribal de Libia, Samuel Huntington señala que "al menos dieciocho tribus importantes han desempeñado papeles significativos en la evolución Libia" (Huntington, 1997: 208). Asimismo, este autor ha afirmado que el fenómeno se extiende en los países de la región y que, por ejemplo, Arabia Saudí habría resultado un proyecto de país exitoso fundamentalmente debido a la habilidad de su fundador para crear una coalición tribal a través de matrimonios y otros medios. "Las tribus han sido fundamentales para la política en los Estados árabes, muchos de los cuales, como dice Tahsin Bashir, son simplemente tribus con banderas" (Huntington, 1997: 208).

Pero la conformación sobre una base tribal de parte de estas sociedades no es la única causa del probable déficit de "unidad nacional". Puesto que incluso más transversal que este factor está el carácter de comunidad regional inter fronteriza que tiene el mundo árabe, y el vínculo religioso que hermana a estos países con la comunidad musulmana (los países árabes representan solo el 39% de los que conforman la Conferencia Islámica). En esta perspectiva, resulta sugerente la idea de que "en todo el Islam, el grupo pequeño y la gran fe, la tribu y la ummah, han sido los principales centros de lealtad y compromiso y el Estado nacional ha sido menos importante" (Huntington, 1997: 209). A estos dos factores mencionados (la conformación tribal y el vínculo religioso) se agrega un factor de carácter histórico, relacionado con los efectos político-administrativos del colonialismo europeo, puesto que:

[E]n el mundo árabe, los Estados existentes tienen problemas de legitimidad porque en su mayoría son el resultado arbitrario, sino caprichoso, del imperialismo europeo, y sus fronteras a menudo no coinciden con las de grupos étnicos como los bereberes o los kurdos, estos Estados dividieron a las nación árabe. (Huntington, 1997: 209)

En esta misma línea, Hobsbawn (2006: 211) ha sostenido que:

[E]l único fundamento de los estados independientes aparecidos en el siglo XX eran las divisiones territoriales que la conquista y las rivalidades imperiales establecieron, generalmente sin relación alguna con las estructuras locales. El mundo poscolonial está, pues, casi completamente dividido por las fronteras del imperialismo.

En síntesis, es evidente que, aunque el conflicto está instalado en países que lentamente han ido afianzando sus fronteras y generando un sentimiento nacional, los factores señalados significan tensiones adicionales para el eventual tránsito hacia la democracia.

Factores distintivos de la crisis en los países árabes

Entre los factores distintivos de la crisis en esta región está, en primer lugar, el papel que tiene la religión en la sociedad y, en particular, en la política; y en segundo lugar, el rol que han jugado las llamadas "redes sociales".

- La religión

Todos los países en conflicto tienen en común su pertenencia a la Conferencia Islámica, es decir, exhiben un compromiso del Estado con la religión y un rol relevante de esta última en la política, situación que constituye una realidad opuesta a la secularización de los Estados occidentales. En una muy buena y sintética retrospectiva histórica, Huntington da cuenta precisamente de cómo se ha resuelto en el pasado el vínculo entre la política y la religión musulmana, señalando que:

[E]l concepto de Islam como comunidad religioso-política unificada ha supuesto que, habitualmente, los Estados centrales sólo se hayan materializado en el pasado cuando el liderazgo religioso y político —el califato y el sultanato— se han combinado en una única institución dominante. (1997: 211)

Esto es lo que habría ocurrido en el siglo VII con el califato Omeya, con capital en Damasco (Siria); en el siglo VIII, con el califato abasí, con capital en Bagdad (Irán); y en otros califatos secundarios que surgieron en El Cairo (Egipto) y Córdoba (España) en el siglo X. Otro momento culminante habría sido la expansión de los turcos otomanos hacia el Oriente Próximo y Oriente Medio, tomando Constantinopla en 1453 y, de paso, terminando con los últimos vestigios del Imperio Romano de Oriente, y estableciendo un nuevo califato en 1517. Según Huntington, el ascenso de las potencias occidentales habría socavado el Imperio Otomano, dejando al Islam sin un estado central. Este relato histórico reconoce la relación entre política y religión, pero no plantea la problemática asociada al fundamentalismo islámico, movimiento contemporáneo que “como fuerza capaz de movilizar masas es un fenómeno de las últimas décadas del siglo XX, durante las cuales se ha asistido incluso a la revitalización, entre algunos intelectuales, de lo que sus antepasados instruidos habrían considerado como superstición y barbarie” (Hobsbawn, 2006: 205-206).

En definitiva, subyace en los países en conflicto una perspectiva de la política y de la religión que en la historia ha demostrado ser de larga duración y que, por lo tanto, tiene el potencial para conducir los cambios en cada país hacia regímenes incluso menos democráticos que los preexistentes. De hecho, la apertura democrática puede generar mejores condiciones para que movimientos fuertemente excluyentes, que actúan de acuerdo a una lógica que no filtra mediante un desarrollo ideológico la doctrina religiosa, que persiguen a sus detractores y que, por lo tanto, no adhieren al respeto a la divergencia y al pluralismo, propio de las democracias⁷, alcancen el poder.

⁷ Claramente este no es un fenómeno exclusivo de esta zona del mundo y se ha podido apreciar, con diferentes matices y fundado en otras convicciones ideológicas, en algunas de las democracias sudamericanas contemporáneas

- Redes sociales

Sin duda las redes sociales en Internet han sido un factor gravitante y detonante de la crisis de estos regímenes autoritarios. No obstante, hay que señalar también que la amplia convocatoria lograda solo ha sido posible porque existían en estos países determinadas condiciones estructurales que favorecieron la movilización social. El desgaste de los gobernantes en el poder y las condiciones económicas están entre los factores relevantes.

Hasta ahora, las redes sociales han catalizado movilizaciones que por lo general se mueven por oposición, sin que exista todavía la posibilidad de una generación espontánea de propuestas que sirvan para darle cierta organicidad a estos movimientos. Distinto es cuando estas redes han sido utilizadas por otros actores ya organizados en su propio beneficio (o al servicio de sus ideas), como ocurrió con el presidente Obama.

Baste recordar como ejemplo que, sin redes sociales en Internet, en las década de los 60 en Latinoamérica se produce una secuencia de autoritarismos y luego, a fines de los 70 y durante los 80, se produce el tránsito hacia la democracia en México, Guatemala, Honduras, El Salvador, Panamá, Nicaragua, Ecuador, Brasil, Perú, Bolivia, Uruguay, Argentina y Chile. La misma oleada democratizadora se constata en Europa del Sur y del Este.

Es decir, el contagio de estos procesos no constituye ninguna novedad y no es posible atribuirlo en exclusiva a las redes sociales, las que, sobre todo en el norte de África y en general en los países árabes, tienen además niveles muy bajos de penetración (350.000 usuarios de Internet en Libia, ver tabla 3). Estas redes podrían haber sido un factor facilitador para movilizar a una elite de jóvenes profesionales, pero como factor acelerador del contagio ha sido, sin duda, más influyente la televisión:

[V]er por televisión que en otros países esto da resultados y que el pueblo en la calle logra derrocar a un dictador que hace poco era intocable también es una potente fuerza movilizadora. Y en esto los canales de noticias en árabe que llegan vía satélite han sido una fuerza mucho más poderosa que Internet.⁸

Al parecer, lo que se produce gracias a las redes sociales no es un contagio inédito de este tipo de fenómenos sociales, puesto que, de hecho, la historia demuestra que es casi habitual que este y otros tipos de procesos político sociales se contagien, como ha ocurrido, por ejemplo, con las propias democratizaciones ocurridas durante los últimos 2 siglos, que se han producido por oleadas, tal como lo describe Huntigton, como también ha ocurrido con la descolonización en África y la independencia de las colonias españolas. Más bien se ha producido una aceleración de la dinámica de cambio y una casi simultaneidad.

⁸ Moisés Naim. Columna en el Diario El País.com, del 27 de febrero de 2011. Recuperado el 28 de febrero de 2011, de <http://www.elpais.com/articulo/internacional/Facebook/Twitter/fusiles/elpepiint/20110227elpepiint_6/Tes>

TABLA 3. ACCESO A INTERNET POR CADA 100 HABITANTES

País	Argelia	Marruecos	Túnez	Libia	Egipto	Yemen	Turquía	Irán	Arabia Saudita	Chile
Internet	11,9	33,3	27,1	-	16,6	1,6	34,4	32,0	31,5	32,5

Fuente: Elaboración del autor con datos Informe IDH-PNUD 2010.

Conclusiones y prospectiva

Agüero y Torcal (1983: 33) reafirmaban la sentencia de Rustow (1970) que hoy parece incuestionable: "la estabilidad de la democracia y su génesis son dos fenómenos diferentes y que, por tanto, deben constituir objetos distintos de análisis. Las investigaciones funcionalistas confundían ambos elementos y no permitían indagar sobre la génesis de los regímenes democráticos". Sobre la base de estas ideas es posible afirmar que, en el caso de los procesos de cambio que están en marcha en el norte de África y Oriente Próximo, los diversos factores que han desatado las crisis no necesariamente pueden apuntalar la instauración y posterior consolidación de democracias estables en la región.

En los procesos de cambio que se están desarrollando en el área geográfica estudiada, hay altos niveles de incertidumbre acerca del curso que tomarán los acontecimientos. La posible instauración de regímenes democráticos, por cierto, no asegurará la consolidación de los mismos, ni por supuesto la resolución de las problemáticas sociales, políticas y económicas que subyacen al estallido de la crisis.

De partida, está por verse cuál será el tipo de institucionalidad política que se instalará en cada uno de estos países. En cada caso, la institucionalidad resultante será el producto de la conjugación particular de una serie de factores, entre los que se pueden enunciar los siguientes:

- La trayectoria institucional histórica o el *path dependence* de cada país.
- La ideología predominante, que en este caso está claramente correlacionada con la religión.
- El consecuente nivel de adhesión a los ideales democráticos que, como se ha señalado, en esta región está solo en desarrollo.
- La correlación entre las fuerzas políticas, que en los países analizados, como se ha visto, no necesariamente corresponde a la disputa entre partidos políticos de corte occidental, sino más bien a una amalgama de movimientos políticos, religiosos, militares, tribales y sociales, lo que hace todavía más imprevisible la trayectoria futura.

Por otra parte, la consolidación de los eventuales nuevos regímenes democráticos, que ciertamente no es un proceso que se desarrolle de manera secuencial con posterioridad a la transición desde un régimen autoritario, sino que en la

mayoría de los casos se produce una intersección entre ambos procesos, dependerá, siguiendo a Maravall y Santamaría (1987), entre otros factores, de:

- La consistencia ideológica e institucional del nuevo régimen.
- La autonomía que alcancen las instituciones democráticas frente a los poderes preexistentes.
- La penetración de la democracia en la sociedad civil.
- La conformación de un sistema de partidos estructurado y estable, del que formen parte colectividades que adhieran a la democracia como régimen legítimo para resolver la problemática asociada a la asignación del poder político en la sociedad.

Por cierto, la institucionalidad política que se instaure será también un factor preponderante, variable independiente, en los términos planteados por Ole Nørgaard (2001), para la propia consolidación del régimen. Sin duda, el establecimiento o la continuidad de modelos institucionales correspondientes a lo que se ha llamado como "democracias de fachada" o "cuasi-democracias", que según Morlino (2009: 26) corresponderían, respectivamente, a regímenes tradicionales y regímenes autoritarios, o a las "pseudo-democracias", que son regímenes autoritarios encubiertos de forma institucional, no conducirán ni en el mediano ni en el largo plazo a la consolidación democrática. Prácticamente todos los países en crisis política caen dentro de alguna de estas categorías: Túnez y Egipto, países en transición, caen dentro de la categoría de "cuasi-democracias"; Yemen, con su sistema electoral, se acerca más a la categoría de las "pseudo-democracias"; al igual que Irán, que, como ya lo hemos señalado, corresponde a un régimen autoritario de movilización de base religiosa. La Libia con Gaddafi podría corresponder a una mezcla de las sub-categorías de régimen de movilización planteadas por Morlino (2009: 55), es decir, sería a la vez un régimen nacionalista de movilización, comunista de movilización y de base religiosa.

La concepción de la institucionalidad democrática como variable independiente en un proceso de cambio de régimen político tiene relación, desde un enfoque institucionalista, con el seguro efecto que tienen las instituciones en el comportamiento de los actores políticos e incluso de los ciudadanos. Esta dimensión posible de la institucionalidad democrática, sumada a su transformación en tendencia pesada desde los inicios del siglo XIX hasta la tercera oleada de democratizaciones, es el factor que puede abrir o aumentar las posibilidades para su consolidación en los países de la región, luego de que superen lo que hemos denominado como el dilema de la instauración democrática.

Si bien, en la mayoría de los países que están experimentando procesos de cambio político, la característica principal es la ruptura institucional, los niveles en que se da esta ruptura pueden hacer suponer una mayor o menor incidencia del *path dependence* (la trayectoria institucional de un país) en la nueva institucionalidad y una mayor o menor incertidumbre en el proceso. Si, como hemos visto,

predomina el *path dependence*, en países como Libia o Yemen las posibilidades de la instauración y consolidación de la democracia representativa se reducen.

En Túnez y Egipto la ruptura se produce en un contexto institucional más denso y consolidado, en el que, por ejemplo, no hay dudas respecto a la concentración del poder militar en el ejército, y la existencia de actores organizados en la sociedad civil, como los Hermanos Musulmanes, supone una cierta continuidad. Esta situación hace prever la participación de estos actores en la nueva institucionalidad y un orden más estable para el perfeccionamiento de la democracia. Por otra parte, en el caso de Libia, el Gobierno de Gaddafi se ha sustentado más que en el fortalecimiento de la institucionalidad del Estado, en la conformación de una red de apoyos que gira en torno a su persona y a su círculo de colaboradores más estrecho. En el caso del ejército, factor gravitante en procesos como el egipcio, su institucionalidad ha sido debilitada de forma deliberada por el Gobierno de Gaddafi, mientras que en la sociedad civil aún predomina una estructura tradicional, en la que destaca la relevancia de varias tribus, cuyas alianzas han sustentando el Gobierno de Gaddafi y formado parte también de la crisis. Las contradicciones de los analistas respecto a Libia son totales: mientras los manifestantes reivindican la bandera monárquica, expertos en Oriente Próximo como Javier Valenzuela hablan de "ciudadanos que reclaman libertades y derechos".⁹ Si a este panorama se agrega la guerra civil en curso y la intervención de EUA y la Otan, la incertidumbre crece de manera exponencial, y lo único que se puede augurar es la continuación del conflicto por un largo tiempo. En Yemen, las tensiones políticas, la histórica fractura regional, la presencia de Al Qaeda y su debilidad socioeconómica e institucional, hacen prever un escenario también de elevada incertidumbre.

En la región, solo Egipto y Túnez se encuentran en un proceso de transición a la democracia. Los demás países se mantienen en la fase de crisis autoritaria y liberalización. En el caso de Egipto, la transición ha sido ratificada por el anuncio de los militares en el poder de que habrá elecciones presidenciales luego de las elecciones del Parlamento convocadas para septiembre. El resultado del proceso es sin duda incierto, pero las posibilidades de que se reinstaure la democracia son mayores que en otros países de la región, habiendo hasta ahora señales positivas en esa dirección, como lo es la modificación constitucional que limita la presidencia a períodos de 4 años con una reelección, en vez de los períodos previos de 6 años y reelección ilimitada.

No obstante, al considerar las amenazas existentes, más que nunca las eventuales elecciones en Túnez y Egipto serán solo un hito relevante hacia la instauración democrática, pero de ninguna manera garantizarán la persistencia y consolidación de la institucionalidad democrática, que dependerá del desarrollo de una larga "fase de habituación", en los términos planteados por Rustow; es decir, cuando efectivamente el aprendizaje realizado en la fase de conflicto permite empezar

⁹ En columna en diario *El País*. Recuperado el 25 de febrero de 2011 de http://www.elpais.com/articulo/internacional/nuevo/panarabismo/elpepiint/20110225elpepiint_8/Tes

a resolver las disputas en el contexto de una confrontación regulada, que vendría a ser la expresión de lo que podría calificarse como la normalidad democrática.

En definitiva, las aspiraciones europeas y norteamericanas, resumidas por Antonio Caño, corresponsal del diario El País en Washington,¹⁰ como "promover reformas para evitar la desestabilización en el Golfo, intentar poner al día al régimen de Arabia Saudí, tranquilizar a Israel sin irritar a los palestinos, evitar que Irán saque provecho de la situación y, como en el caso de Yemen, impedir que las protestas puedan ser un arma para Al Qaeda", han ido sucumbiendo de forma notoria ante el rápido contagio de la crisis, con lo que se han transformado casi en una premonición histórica.

Bibliografía

- AGÜERO, F. y M. Torcal (1993). "Elites, factores estructurales y democratización: una discusión de aportes recientes en la literatura". Madrid: *Revista de Estudios Políticos* N° 80, abril-junio.
- CAROTHERS, T. (2002). "The End of the Transition Paradigm". USA: *Journal of Democracy*, Vol. 13.
- _____ (2002). "A reply to my critics". USA: *Journal of Democracy*, Vol. 13, N°3.
- CAÑO, A. (2011). Libia no es asunto de EEUU. Recuperado el 27 de febrero de 2011 de <http://papeldigital.info/lt/2011/02/24/01/paginas/015.pdf>
- ESPINOSA, A. (2011). Jornada de ira panárabe. Recuperado el 2 de marzo de 2011 de: http://www.elpais.com/articulo/internacional/Jornada/ira/panarabe/elpepiint/20110226elpepiint_11/Tes
- HOBBSAWM, E. (2006). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Editorial Critica.
- HUNTINGTON, S. (1991). *La tercera ola*. Buenos Aires: Ediciones Paidós.
- _____ (1997). *El choque de civilizaciones*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- LINZ, J. (1990). "Transiciones a la Democracia". Madrid: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, N°51.
- LINZ, J. y A. Stepan (1996). "Hacia las democracias consolidadas". México: *Semanario de política y cultura*.
- LIPSET, S. (1992). "Algunos requisitos sociales de la democracia: desarrollo económico y legitimidad política". En *Diez textos clásicos de Ciencia Política*. Barcelona: Editorial Ariel.
- MARTÍ I PUIG, S. (2001). "¿Y después de las transiciones qué? Un balance y análisis de las teorías del cambio político". Madrid: *Revista de Estudios Políticos*, N° 113, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- MARAVALL, J. M. y J. Santamaría (1988). "El cambio político en España y las perspectivas de la democracia". En *Transiciones desde un gobierno autoritario*, tomo 2, de O'Donnell, Schmitter y Whitehead. Buenos Aires: Editorial Paidós.

¹⁰ En diario *La Tercera* del 24 de febrero de 2011. Recuperado el 27 de febrero de 2011 de <http://papeldigital.info/lt/2011/02/24/01/paginas/015.pdf>

- MENESES, ROSA (2011). "El régimen de 23 años que cayó en apenas 28 días". Recuperado el 14 de enero de 2011 de <http://www.elmundo.es/elmundo/2011/01/14/internacional/1295031295.html>
- MORLINO, L. (1986). "Consolidación democrática. Definición, modelos, hipótesis". Madrid: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, N°35.
- _____ (1994). "Las Democracias", en Gianfranco Pasquino, *Manual de Ciencia Política*. Madrid: Alianza Universitaria Textos.
- _____ (2009). "Democracias y democratizaciones". Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, Monografía N° 267.
- NAÍM, M. (2011). "Ni facebook, ni twitter: son los fusiles". Recuperado el 28 de febrero de 2011, de http://www.elpais.com/articulo/internacional/Facebook/Twitter/fusiles/elpepiint/20110227elpepiint_6/Tes
- NØRGAARD, O. (2001). "Democracy, Democratization, and Institutional Theory". Dinamarca: Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Aarhus, artículo preparado para la Conferencia General de la ECPR (European Consortium for Political Research).
- O'DONNELL, G. y P. Schmitter (1988). "Transiciones desde un Gobierno Autoritario. Conclusiones Tentativas sobre las Democracias Inciertas". Vol. 4. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- O'DONNELL, G. (2002). "In Partial Defense of an Evanescent Paradigm". USA: *Journal of Democracy*, Vol. 13, N°3.
- RAMÍREZ, M. (2010). "Análisis institucional de la transición y consolidación de la democracia en Chile". Tesis doctoral no publicada. Universidad Complutense, Madrid, España.
- RUSTOW, D. (1987). "Transición a la Democracia. Elementos de un modelo dinámico", *Comparative Politics*, Vol. 2, N°3, 1970, pp. 337-363, En *Para vivir la democracia*. Santiago de Chile: Editorial Andante-Cerc.
- VALENZUELA, J. (2011). "Un nuevo panarabismo". Recuperado el 25 de febrero de 2011 de: http://www.elpais.com/articulo/internacional/nuevo/panarabismo/elpepiint/20110225elpepiint_8/Tes.